

cia, que respondiendo á un Ministro de Hacienda, le decía: «En estos seis meses he repartido más de un millón entre labradores y arrieros, 300 dotes de huérfanas á 1.500 reales cada una, donativos para la nación, para el hospicio y una calzada pública?»

¡Ira de Dios! hoy se levantan los desheredados de la fortuna, los socialistas y anarquistas, en testimonio de que la sociedad sin Cristo no tiene beneficencia, ni bondad, ni caridad.

Y todavía ha habido librepensador que ha acusado al clero, de que favorecía demasiado á los colonos, porque «daba baratas las tierras á los pobres;» porque les tenía consideraciones y perdonaba deudas! Y ha habido escritor que alabe á Enrique VIII, porque para reformar á Inglaterra «destruyó los hospitales, donde el pueblo bajo encontraba su subsistencia, y porque, con el espíritu de pereza que inspiran, aumentan la pobreza universal!» Señores, ¿pueden darse sentimientos más crueles, corazón más de fiera? Pues eso es la sociedad anticristiana, sociedad verdaderamente sin entrañas, como dice la Sagrada Escritura: *Viscera impiorum crudelia*.

Voy á terminar, Señores. En lo que acabo de citar, tomado de Montesquiéu, se alaba además á Enrique VIII por haber destruído á los frailes, «gente perezosa, dice, que fomentaba la pereza de los demás, porque, practicando la hospitalidad, hacía que una infinidad de personas ociosas pasasen su vida corriendo de convento en convento.» Ahora bien, Señores, el ápice de la perfección en la sociedad de Cristo

es el estado religioso, ¿cómo pues podrá ser Cristo Rey de los buenos, si como dice Montesquiéu y repiten hoy á coro tantísimos otros, la porción escogida, las Órdenes religiosas son un hato de perezosos que no hacen más que fomentar la ociosidad de los demás? Pero no, Señores, es tan manifiesta esta impostura, que á pesar de su audacia, no inspira á mi pecho indignación, sino desprecio y lástima. Porque ¿quién no sabe que las Ordenes religiosas, aun con todos los defectos de sus individuos, han realizado todos los ideales de la perfección humana? que fueron el ideal de la abnegación en los austerísimos cenobitas y anacoretas del Desierto; el ideal del apóstol en los misioneros; el ideal del soldado en las Ordenes militares de aquellos caballeros, corderos en la paz y leones en la guerra; el ideal de la caridad en las Hermanitas de los pobres, en las Hijas de la Caridad y Hermanos de San Juan de Dios, consagrados al cuidado de enfermos molestísimos, y en las Órdenes redentoras de cautivos, de las que una sola, la de la Merced, rescató á más de 71.000 cautivos, á precio no raras veces de la vida de los religiosos; el ideal de la devoción en las órdenes contemplativas; el ideal de la mujer, formando vírgenes purísimas y maestras amabilísimas de la niñez y heroínas de la caridad; el ideal del amor al pueblo, á quien han beneficiado con limosnas, hospitalidad, enseñanza, colegios, bibliotecas, congregaciones, aumento del culto, restituciones, moralidad y paz en las familias; en fin, y ya que nos arrojan el guante, el ideal mismo del trabajo. ¿No sabía Montesquiéu que los Benedictinos, por ejemplo,



tienen de regla el trabajo para sustentarse y sustentar á los pobres? ¿No saben él y sus secuaces los terrenos que han desmontado, los pantanos que han desecado, los plantíos y riegos que han dirigido en todos los siglos en Europa? ¿No saben que los Cistercienses nos dejaron acabados trabajos en arquitectura, pintura, cincelado, música, joyería, miniatura y cristales de colores; que los Trapenses desecaron las lagunas pontinas, que los Salesianos poseen vastos talleres con todos los adelantos modernos para la educación del obrero, y que las religiones cuentan por miles sus escritores, pues solo la de San Benito ha dado más de 15.000? Por fin, ¿no saben que los monjes y frailes fueron los que con sus manuscritos, escuelas, libros, artes y ciencias educaron á Europa, y que á ellos se debe la mayor parte de las obras, investigaciones críticas, revisiones, diccionarios de lenguas bárbaras, historias y monumentos conservados de la antigüedad, que hoy consultan sus calumniadores, quienes si algo saben se lo deben á los frailes y si no saben más y dicen esos dislates, es porque no han leído mejor sus profundas obras? ¡Oh! cuántos datos pudiera ahora aduciros! Oídme siquiera uno. El año pasado de 1899 las congregaciones religiosas en Francia albergaron, vistieron y alimentaron gratuitamente en sus asilos, hospicios, hospitales, etc., á 250.000 desgraciados, economizando con ello 100 millones de francos á los contribuyentes. Dieron la primera enseñanza á más de dos millones de niños, la segunda á 71.000 adolescentes y la enseñanza superior á 10.000 jóvenes, cuya educación gratuita

representa una suma de 130 millones de francos. ¿Os parece que esto lo puede hacer un regimiento de zánganos? Vaya por lo que ha hecho la masonería, que se ha extralimitado oponiéndonos un huerfanato subvencionado por la municipalidad de París con 34.000 francos, sacados... de los contribuyentes.

Cuando hagan otro tanto los incrédulos, los masones, los librepensadores, entonces podremos discutir con ellos. Entretanto, yo... los desprecio; y puesto á los pies de Jesucristo, protesto y reconozco agradecido, que aunque Él no hubiera hecho más que fundar las Órdenes religiosas, sería dignísimo de nombrarse Rey de los buenos. Y admirable gloria la suya y estupenda fecundidad la de su espíritu, que desde 1816 á 1865 se han fundado, aprobadas por el Vicario de Jesucristo, nada ménos que 198 asociaciones y congregaciones religiosas, consagradas en su mayoría á obras de misericordia. También los protestantes pretendieron en este siglo, á imitación de nuestras Hermanas de la Caridad, fundar las Betanias y Puseítas. Pero ¿qué resultaron? Unos colegios de jovencillas regaladas, sin espíritu ni votos, aborto de la filantropía, y que, según frase de un testigo ocular, en nada se ocupaban más que en cazarse algún marido de entre los empleados ó enfermos á que asistían. Pero tienen los impíos tan estragado el gusto, que querrían más ver á las mujeres en el Serrallo, que no consagrarlas para esposas de Jesucristo.

Señores, tengo mucho más que deciros, pero no puedo más. Ya entenderéis por lo dicho que Jesucristo es Rey de los buenos. Lo que no se entiende



es, cómo puede haber hombres tan degradados como Voltaire, que con sacrilega desvergüenza llame á Cristo autor de nuestras calamidades y ponga como grito de guerra á los suyos aquel: «Aplastad al infame.» ¡Infame Cristo? ¡Infame tú, el Rey de los santos? ¡tú, el Rey de las vírgenes? ¡tú, el Rey de los honrados? ¡tú, el Rey de la caridad? ¡tú, nuestro bien?... ¡Infame el que te infamó! ¡Infame Voltaire! ¡Infames los volterianos! ¡Infame todo el que se aparte de ti! ¡Infame el que no te ame! *Si quis non amat Dominum Iesum Christum sit anathema!* ¡Maldito el que no ame á Jesucristo!



LA SOCIEDAD ANTICRISTIANA